

## RESPUESTA

*por Cecilia Hidalgo*

Antes de contestar las críticas de mis comentaristas quiero expresar la alegría y el orgullo que me han provocado sus trabajos. Ver que colegas a quienes respeto y admiro tanto se han dedicado a evaluar el valor y peso de mis argumentos, me ha ayudado a dar forma a nuevas ideas y a reconsiderar otras persistentes en mi enfoque de la situación de la antropología. Siento la responsabilidad de estar a la altura de su esfuerzo y dedicación., y la curiosidad y excitación de prefigurar qué opinarán luego de leer esta réplica. Gracias, pues, a los comentaristas y a los responsables editoriales de Relaciones.

Resumiré a continuación las objeciones y comentarios principales que plantean cada uno de mis colegas, para contestarlos o comentarlos a mi turno.

Hugo Ratier piensa que mi planteo es europocéntrico y tardío en relación a las discusiones ya saldadas y resueltas desde fines de la década de los '60 por antropólogos como él, Menendez, Lischetti y Neufeld, entre otros, que siempre definieron su visión de la antropología como relevante e interesada directamente por la contemporaneidad y las urgencias sociales de la propia sociedad. Los argumentos o la inspiración conceptual que subyacen a mi versión del desarrollo de una nueva orientación antropológica interesada por la ciencia no sería aplicable a nuestro medio, donde sólo los personeros de las dictaduras, que caen dentro de los cánones de la etnología colonialista, se verían abarcados por los cuestionamientos surgidos entre los antropólogos (sobre todo franceses) que debieron volver a las metrópolis en el marco de la descolonización. Según Ratier, recién se discutiría en Francia lo que los antropólogos argentinos saben hace décadas acerca de, por ejemplo, la relación investigador-investigado o el rol del antropólogo. En Argentina, siempre se habría producido antropología sobre el contexto cultural propio; no tiene sentido hablar de una antropología local de lo lejano; no tenemos colonias. Es más, los colegas europeos podrían aprender de los antropólogos argentinos, para quienes sus planteos tardíos suenan remanidos e innecesarios.

Por cierto, la convicción apasionada de alguien que es protagonista del proceso que he tratado de exponer en mi artículo no puede dejar de movilizarme. Sirve incluso como elemento de juicio acerca del valor antropológico de la reconstrucción que propongo. Todos sabemos que aun cuando el antropólogo no tiene por qué obligarse a coincidir con el punto de vista de sus agentes (es más, sería criticado si esto le ocurriera), su análisis no sería valioso o al menos adecuado si violentara mucho el conocimiento y conceptualización de aquellos, al punto de ser rechazada, y aún si la descripción que ofrece no les parece útil para alimentar la reflexión sobre los procesos que han vivido, mostrándolos desde una luz alternativa. Estoy de acuerdo con Ratier en que hubo

antropólogos como él que desde los comienzos mismos de su práctica quisieron construir una "senda" alejada del colonialismo, de la complicidad con el imperialismo, del exotismo y del monumentalismo museográfico. No creo, sin embargo, que hayan logrado dejar saldada la discusión generando hacia esa época (fines de los '60 y comienzos de los '70) un consenso alrededor de su propuesta. Por añadidura, las rupturas institucionales y el éxodo no dejaron que aquellos manifiestos plasmaran en obras producidas con continuidad y en número suficiente. Las frases de Menéndez que cita Ratier son hacia 1968 más un alegato que una descripción. Quizá la brevedad y concisión de mi trabajo no deja en claro hasta qué punto coincido con Ratier en que la acción de Menéndez de estos últimos treinta años ha sido crucial por su predicamento y ejemplo para la conformación de la situación actual. Empero, la alusión a adversarios locales que veinte años después rechazaron informes de investigadores del Conicet negándoles la condición de antropólogos y tildándolos de sociologizantes, muestra hasta qué punto la cuestión no estaba saldada, y no tanto porque se haya logrado separar a ciertas personas del organismo de investigación (que con o sin razón suele hacerse de todos modos) sino porque el que se dedicaran a la propia sociedad sirvió como argumento para su separación, es decir, sonaba convincente frente a una audiencia ampliada.

Sin embargo, y en tono polémico más que de desacuerdo radical, hay diferencias de énfasis que me impiden pensar que estamos discutiendo lo mismo que hace treinta años. Desde aquella época hasta nuestros días el involucramiento de los antropólogos con ámbitos centrales a la propia sociedad, como puede ser la ciencia que se desarrolla en laboratorios biotecnológicos, la ingeniería nuclear que impulsa CONEA, lo que ocurre en la Unión Industrial Argentina, lo que se jugó en la Guerra de Malvinas, entre tantos otros ejemplos, es mucho mayor y creciente. (¿Seguirán separando gente de las instituciones? Yo ya tuve problemas en un concurso para la provisión de cátedras). Las citas tanto de Menéndez como de Lewis (autores ambos a cuya obra me he dedicado intensamente y sé que le consta a Ratier pues ha sido objeto de comentarios entre ambos) apuntan a lo que en los '60 fue el punto de partida para la constitución de una antropología urbana y de una antropología médica que no se centrarían ya en comunidades o grupos marginales. Admitiré mi crítico que la producción general en esos campos trasladó, muchas veces incluso sin plena conciencia, formas de distanciamiento y de extrañamiento que tendían muy fácilmente a la exotización, sobre todo bajo el paraguas de la caracterización de "culturas" (de la pobreza..., de los jóvenes..., de los villeros..., de la gente de barrio..., de los inmigrantes..., etc.). Este es el punto que he querido destacar: que hay un proceso de redefinición del alcance y forma de investigación de la Antropología que lleva ya varias décadas pero que se torna muy claro en nuestros días. Proceso que puede ser entendido como un alejarse de los márgenes para animarse a hablar de lo central a nuestro presente y de nosotros como nativos, y que por la índole de lo que acumulativamente hemos llegado a generar, nos pone frente a cuestiones epistemológicas y de método que debemos discutir.

Finalmente, no creo ser europeizante y estoy desde hace años sinceramente dedicada a la producción antropológica, argentina y latinoamericana en particular. Es cierto sí que entiendo que existe un dominio de problemas relativos a la revisión interna de la disciplina que autoriza los debates sin fronteras. Sin embargo, no he importado una forma europea a la que llené de contenido argentino. Lo que ocurre es que ni siquiera la voluntad de construir un lugar autónomo de reflexión pasaría en mi pensamiento por el atenerme tan sólo a los argumentos y procesos locales, aún admitiendo sus particularidades. Podría incluso, siguiendo ideas de Titianov, sugerir que al margen de las tesis mismas y de su originalidad o no respecto de la producción local, introducirlas a fines de los '90 (quizá recordarlas, si concordamos con Ratier) puede cumplir una función útil al avivar nuestra discusión y aquel fuego de los '60.

La objeción principal de Federico Neiburg a mi trabajo se centra en que la evolución de la disciplina en las últimas décadas no le parece articulada alrededor del interés por el mundo contemporáneo y el presente. Dado que ese es el eje interpretativo de mi artículo, me pide una

manera más rigurosa o al menos explícita de demostrar mi punto, le parece descontextualizado mi tratamiento de la producción de los distintos autores que abarco en esta gran corriente contemporaneista, y como la idea del presente y nociones temporales relacionadas son cruciales, me pide que defina un punto de vista emic o etic.

Según Neiburg, intento legitimar ambiciones innovadoras tanto en el plano de las representaciones teóricas como en el reconocimiento de la existencia de nuevos objetos empíricos, lo que me haría caer en una perspectiva modernista que se trasluce en mi preocupación por diagnosticar rupturas e identificar héroes fundadores. Neiburg no parece negar que estemos experimentando una época de cambio de orientación en la disciplina tal como el que desarrollo en el artículo, parece sí atribuirme la idea de que esa orientación se ha dado de un modo lineal y homogéneo. Sugiere Neiburg que ha habido distintos ejes de disidencia y renovación y parece considerar que es imprescindible referir toda discusión teórica a procesos sociales subyacentes. Así, cree que hablar de alianzas estratégicas entre disciplinas, o de diferentes confluencias de intereses (entre la antropología y las artes y letras de los '70/'80 o los departamentos de desarrollo tecnológico en los '90) explicaría mejor la situación, como si las creencias y prácticas de los antropólogos fueran expresiones transfiguradas de relaciones económicas o sociales en algún sentido previas. Este punto me llevaría a una discusión muy extensa, a la que no puedo honrar en este espacio. Pero, advertirá el lector que la posición de Neiburg es muy discutible (y ha sido de hecho muy discutida): puede reclamarse sin vergüenza un nivel de análisis en el que no se dé por sentada una determinación social de las creencias, o se suponga esclarecedor hablar de la existencia de alianzas o confluencia de intereses, cuyo carácter básico, a mí por lo menos, se me escapa.

Los pedidos de mayor contextualización y detalle son casi un lugar común entre los antropólogos, y bienvenidos siempre y cuando no nos lleven a la convicción de que sólo podemos hablar de coyunturas o acontecimientos (Adhiero a que "Small is beautiful" pero también a "Que el árbol no nos tape el bosque"). Me he colocado concientemente en una perspectiva de larga duración y he tenido que hacer el esfuerzo de no dejarme llevar por especificidades que escondieran la tendencia que he esbozado y que interpreto crucial para apreciar lo que hemos vivido en tanto integrantes de una comunidad disciplinaria.

Sinceramente no creo que esa gran tendencia que he tratado de marcar me exija desplegar en un artículo un tratamiento detallado de los contextos nacionales de producción o enfatizar las diferencias de las trayectorias personales e intelectuales de antropólogos como Hermitte, Menéndez y Canclini. Ya he alegado en muchas oportunidades en favor del valor de adoptar, aunque sea para variar, una perspectiva más abarcativa, menos particularista y rendida ante lo "aparente" de las diferencias. Por cierto que hay diferencias, ¿quién afirma lo contrario? Lo que propongo es que concibamos el proceso de cambio disciplinario como un proceso colectivo, que no pretendo haya sido homogéneo, y en que no encuentre inconmensurabilidad entre las posiciones de unos y otros sino un diálogo a veces explícito y otras veces inferible a través de las prácticas.

Siempre es posible hablar de diferencias y de semejanzas. Que se acentúen unas u otras depende de su importancia respecto de la tesis que se quiere defender. En este caso, para mí las diferencias son irrelevantes, me estoy manejando en otro nivel de análisis. Por otra parte, no fui yo quien eligió a Hermitte, Menéndez y García Canclini como "padres fundadores" de linajes (aclaro que no es ésta mi forma de hablar). Los antropólogos sociales entre quienes trabajamos con el equipo dirigido por Félix Schuster y por mí desde mediados de la década de los '80 los reconocían como referentes y modelos de su idea y práctica de la antropología., y por eso fueron retomados por nosotros. Este es a mi criterio el caso en que la alusión a "padres fundadores" no es ritualística, en la medida en que esos pensadores se muestran como representando importantes opciones teóricas dentro de la antropología de acuerdo a sus propios practicantes.

Por fin, le preocupa a Neiburg dírimir si mi uso de la noción de "contemporáneo" o de "presente" corresponde al discurso nativo de los antropólogos o a principios de explicación del discurso teórico. Por cierto, Neiburg reconoce que tal forma de categorización es explícita en Augé,

Althabe, Escobar o García Canclini. Sugiere que en los otros casos, sería tan sólo imputada y que aún entre los primeros, los sentidos de la palabra son tan distintos que valdría considerarlos inconmensurables. Con centro en la posición de Latour quien intenta disolver la distinción taxativa entre lo moderno y lo que no lo es (yo no hablo de “moderno”, pero valga), y las de Althabe y Augé que discutirían posiciones heterodoxas aceptando sin embargo la distinción, Neiburg parece querer convencernos de que no hay un sentido preteórico en el que se puede perfectamente hablar de “contemporáneo” y de “presente” sin ofrecer una teoría sobre la modernidad o sobre la percepción de las marcas temporales. No estoy de acuerdo, es perfectamente legítimo hacer lo que yo he hecho.

Veamos incluso si es de aplicación o no en el caso de su propia producción (que he leído con admiración y vehemencia), por no hablar de su pertinencia respecto de un trabajo como el de Latour, que ha elegido como campo de investigación antropológica nada más ni nada menos que un laboratorio de investigación biológica. ¿No tengo derecho a atribuirle al mismo Neiburg un interés por la propia sociedad y por el presente, - inconcebible hace varias décadas *qua* interés antropológico-, en virtud de la problemática de investigación que se ha propuesto, a saber, el proceso de constitución de disciplinas como la “sociología científica” y la invención académica del peronismo? ¿O es que estoy obligada a emplear exclusivamente las categorizaciones de la propia labor que encuentre en su obra o a inventar neologismos que indiquen a las claras que empleo un vocabulario teórico? Como en cualquier tipo de elucidación, por una parte reconstruyo sentidos explícitos y por otra intruduzco una dimensión estipulativa.

Para terminar, afirma Neiburg que construir objetos antropológicos exige colocar los hechos sociales en perspectiva y que eso no tiene nada que ver con un procedimiento de exotización. Lo que dice es una verdad, pero de perogrullo. Yo no he llamado exotización a la adopción de un punto de vista que permita la producción de conocimiento antropológico. Denuncio, con muchos otros colegas, formas sutiles de arrastrar al tratamiento de lo que Neiburg llama “nuevos objetos empíricos” los clichés de la antropología colonialista y de extender en demasía las analogías de éstos con los “viejos objetos”, trasponiendo sin más a los nuevos campos lo que ha sido explicativo para otro tipo de sociedades, por ejemplo, aborígenes o campesinas.

Irina Podgorny me ha conmovido por su sensibilidad e inteligencia. Aún en sus objeciones ha creído ver en mi trabajo distintos planos de interés y fecundidad, y ha planteado maneras alternativas de pensar las cosas que, de poder ser relaboradas por mí, redundarán seguramente en el refinamiento de la reflexión que propongo. Le agradezco mucho su generosidad.

Podgorny afirma que una lectura simple de mi artículo apuntaría a señalar que la antropología en la Argentina contemporánea puede recobrar un papel importante, siempre y cuando analice su pasado y enfrente sus fantasmas. Me sorprendió su comentario pues confieso que nunca me creí involucrada en la discusión acerca de la muerte de la antropología. Será porque la siento tan viva...De todos modos, ojalá que así sea.

Señala acertadamente Podgorny que la discusión tácita acerca de los nuevos enfoques de la disciplina conlleva la construcción de linajes alternativos, y que esto se presenta en mi artículo como fuente de justificación y de significado del trabajo propio. Por cierto, no me he planteado hacer una “historia” propiamente dicha, es más, siempre consideré que tenía que aprovechar el capital antropológico de mi formación para enfocar el estudio de las comunidades científicas, punto al que volveré en breve. Pero aún en ese caso, es siempre una determinada concepción de la realidad histórica la que ayuda a armar una trama argumentativa. Sólo se puede atribuir significado a acontecimientos de otro modo particulares o desconectados, en la medida en que se los conciba como integrados a un proceso general o abarcativo. Ese atribuirles significado es menos descriptivo que “moral” o “normativo” pues, obviamente, tales acontecimientos no corresponden a una mera secuencia. Que los haya reunido como lo hice insta a que extraigamos una conclusión (la descripción tiene una moraleja) acerca de la antropología. Desde ya, y con esto vuelvo a alguno de

los comentarios de Neiburg, soy conciente de que plantear que un conjunto de acontecimientos corresponde a un mismo orden de significado exige un principio (teórico) que permita traducir la diferencia en semejanza. Una cosa son los elementos que entran en una "historia" y otra la trama argumental en que se los articula. Podgorny advierte y pone de relieve, pues, el carácter normativo y programático de mi articulación y las consecuencias que esto tiene respecto de la práctica antropológica tanto de la gente del equipo al que pertenezco como de aquellos que se sientan alentados a tomar caminos semejantes.

Igualmente comprendida me siento cuando alude a las condiciones locales de producción de quienes trabajamos en las periferas del mundo (aislamiento, libros adquiridos privadamente, desconocimiento o ausencia de bibliografía de referencia, circulación informal de obras) y cuando señala que aún así se puede trabajar tomando como marco de referencia la escena académica contemporánea local y mundial. Aquí a la dimensión moralizadora de la que hablaba recién se suma una voluntad "pedagógica" que impulsa a compartir hallazgos y reflexiones casi de autodidactas con los colegas y los estudiantes. Es más, no sólo es tardía la traducción al castellano del libro de Latour y Woolgar: que yo sepa no ha generado aún una corriente de discusión acorde al impacto que ha tenido en otros ámbitos antropológicos.

Su comentario sobre la historia de la antropología social que circula como una especie de *sentido común entre algunos antropólogos en la Argentina* toca un punto igualmente crucial: está todavía muy cerca de los recuerdos y testimonios personales, el marco histórico es difuso y es poco profesional por lo prejuiciosa, asistemática y valorativa. Yo jugaría con el peligro de estructurar nuevos linajes sobre una base que adolece del mismo tipo de endebles, que podría compensar quizá si ahondara en los desarrollos institucionales en que jugaron personas como García Canclini, Menéndez y Hermitte y en cómo se tejieron diversos campos de fuerzas alrededor de determinadas ideas.

Podgorny ve el interesantísimo artículo de Visacovsky, Guber y Gurevich aparecido en *Redes* en 1997 como ejemplo de cómo trascender el estilo periodístico o testimonial y de corroborar en documentos aspectos sugeridos por el mío. Tiene razón cuando advierte que en la cita en que aludo a la escuela bormidiana, como estoy de acuerdo con los agentes, no queda claro si cito sus argumentos o asumo una descripción explicativa. (Permítanme un poco de megalomanía. Me imagino a un Levi-Strauss sonriendo satisfecho y diciéndome "¿Vio Cecilia que no se puede hacer antropología en la propia sociedad y respecto de cosas en las que uno está comprometido, vio cómo se pierde la distancia?").

A pesar de los errores que haya podido cometer, quisiera de todos modos explicar la razón de ser del enfoque que hemos tratado de definir y promover con nuestro equipo. Siempre nos animó la voluntad de hacer "antropología de la ciencia" o, si prefieren, de adoptar una perspectiva antropológica para hablar de la ciencia (en este caso de la antropología social) más que de contribuir a la "historia de la ciencia". No nos sentíamos capacitados para tomar la perspectiva de esta última que ya tiene una gran tradición disciplinaria, y acordará Podgorny en que el manejo de documentos y archivos también puede hacerse de una manera muy amateurística. Quisimos no sostener un doble estándar -a veces rayano con la esquizofrenia- uno respecto de la investigación sobre la propia profesión o disciplina y otro respecto del material del campo antropológico propiamente dicho. Quisimos correr la suerte de enfocar las creencias y prácticas (en este caso de los antropólogos sociales, luego serían los sociólogos, los biólogos moleculares o los físicos e ingenieros nucleares) con los instrumentos propios de la antropología social. En principio, fuimos observadores y participantes de cuanta reunión pudimos, tomamos entrevistas, hicimos algo parecido a una encuesta, registramos (y por tanto ayudamos a convertir en documento) encuentros como el de celebración de los treinta años de la creación de la carrera. Por fin, nuestros "escritos" de análisis privilegiados fueron los artículos y textos éditos e inéditos de nuestros actores (ahí se nota la influencia de la formación epistemológica del Profesor Schuster) pues eran ineludibles para poder decir algo sobre la sugerente pero cuestionable noción de comunidad científica. De tal modo, las

advertencias de Podgorny adquieren una importancia aún mayor: valen más como alerta para cualquier producto de la antropología social del mundo contemporáneo, que sin duda obliga a que sus practicantes fortalezcamos los instrumentos de análisis de documentos y archivos institucionales.

Reitero a todos mi inmensa gratitud por sus comentarios y críticas.